

Los mapas secretos

<http://gregoryzambrano.com/novedades/>

Diciembre 27, 2015

Novedades

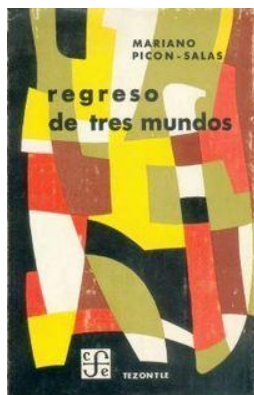
Ensayo

Despedidas y regresos de Picón Salas

Miguel Ángel Campos ([@mcampostorres](#))



El dibujo que hace Picón Salas para *Marianik* (1946), el libro de Pedro Berroeta, y quien ha solicitado a once escritores que ilustren cada uno de los cuentos, es como el boceto de un ensayo de *Regreso de tres mundos* (1959), su autobiografía de trece años después. Se trata una figura en primer plano con una multitud a su alrededor, en la cintura tiene escrito *revolución* y arriba hay una flecha indicando el lugar donde estaría la cabeza y dice justamente: *no tiene cabeza*. La fecha del dibujo libera a Picón Salas por lo menos del cargo de oportunista en la polémica que a raíz de la aparición de *Regreso de tres mundos* alienta Carlos Díaz Sosa en una nota del diario *El Nacional* (“Relato otoñal de quien fue a buscar el árbol de la vida”, 31 de julio, 1959).



1ª edición, México, 1959

El desacuerdo de ese primer comentario puede explicarse así: el libro está demasiado bien escrito y no tiene ningún mensaje para “la gente joven, de mentalidad revolucionaria de Venezuela”, que son quienes deben juzgarlo, y no los contemporáneos de Picón Salas —dice. En el segundo texto, más extenso y en el cual precisa lo que quiere ser un ajuste de cuentas (“Picón Salas se torna pesimista en *Regreso de tres mundos*”, Revista *Momento*, septiembre de 1959), Díaz Sosa amplía las responsabilidades y hace del pueblo el agraviado interlocutor. De acuerdo a sus exigencias el escritor debe tener una

“preocupación social”, y nunca sentarse “a escribir para darse al mito, a la creación de la belleza como única posibilidad de la inteligencia”. Pesimismo sería así gusto por el análisis de la cultura, ilustración y necesidad de interrogar una herencia, un poco cuanto destaca en el libro. Los cargos se van modificando y lo que empezó por un tímido reclamo se convierte en una acusación de traición: del continente dolido, de las masas irredentas. “La lucha de América es vencer o morir, y por esa circunstancia no podemos estar tan preocupados por la sintaxis”, es claro que en este punto ya la civilización misma es objeto de recriminación, ella encubre a los indiferentes y distrae en la lucha por la justicia.

Juventud y pueblo son el Santo Grial de quien pretende imponer al pensamiento unas tareas de último minuto, pero donde pensar es solo apologizar un espectáculo. Es la Venezuela que se dispone a ordenar su proyecto tras el personalismo perezjimenista y la confiscación de la ciudadanía; y nuevamente aparecen los clamores que ponen en primer término la índole adánica y el eterno recommienzo. “Venezuela no concluye con los negadores de su juventud, Venezuela apenas comienza a nacer, estamos saboreando la libertad, la República comienza a ordenar los ideales de Bolívar”. El libro de Picón Salas es confrontado ya fuera de sus límites, y se convierte al autor en un reo, de alguna manera se arremete contra él desde el atractivo de su prestigio y en el afán de ligarlo a los factores de poder del orden social.

La banalidad de la requisitoria de Díaz Sosa cesa cuando se piensa que a la vuelta de la esquina estaba la expresión violenta de sus argumentos, la irrupción armada de una guerrilla convencida de sus razones y derecho a destruir el recién logrado acuerdo de libertad y constitucionalidad. El reclamo tiene un tercer momento (“El escritor y la revolución”, Papel Literario de *El Nacional*, 14 de enero de 1960) en un trabajo donde el autor, junto a la necesidad de “barrer con el predominio de las clases”, desaprueba la abstracción porque el artista no “puede desperdiciarse en vaguedades metafísicas, en una sistemática práctica del inconsciente”. Desecha toda tarea de mediación intelectual y antepone a la visión construida el escenario pragmático de la realidad puramente visual, las masas y sus tensiones en una dinámica obtusa. “Tal vez, cuando hayamos construido a Venezuela, entonces se podrá pensar en abstracto”. La abstracción, pues, quedaba lejos y quizás de su parte no fuera tanto un rechazo como una imposibilidad; parece reprobar el estatuto de escritor y su conclusión, la escritura. Pero quien se reconoce dispuesto a condenar las ideas, que en el otro son obra escrita y concluida, tiene sus resabios. En la réplica a la única comunicación de Picón Salas (“La respuesta que Juan Liscano no publicó”, 8 de febrero de 1960) antepone su condición de escritor y parece ir más allá cuando habla del “resguardo de mi pretendido nombre como escritor”, aludiendo a que pudiera haber cometido una injusticia, escribir es para él una tarea forense. Luego insiste, en su tuteo del director que desaparece pronto, en el conocimiento que seguramente tendrá el público de su trabajo de escritor, “personas de criterio que desde algún tiempo me conocen y saben de éste, mi oficio de escritor...” La pequeña vanidad no sabe aún discernir sus objetos, pero el hombre se vanagloria de su elección de escritor que aún no ha publicado su primer libro.



Juan Liscano, director del Papel Literario de *El Nacional*

Estamos ante un abierto desprecio de la inteligencia y una valoración demagógica del sensible conflicto de la justicia y su correlato el bienestar, lo que no era un raptó desconocido de nuestra vida pública y no lo sería en el futuro, como podemos comprobarlo hoy en el año de gracia de 2015. Ya en esta fase de la arremetida, Picón Salas tal vez se sienta más fastidiado que agraviado y decide contestar, lo hace

mediante una carta dirigida a Juan Liscano, director del suplemento literario. No intenta refutar el catálogo de reclamos, y en cambio se ocupa de mostrar la limitada formación del polemista en materia de historia de las ideas. Hay un cuarto texto, respuesta a la carta de Picón Salas, ya Liscano no la publica y esto origina un arrebatado contra el propio Liscano. Otro texto aparece en el diario *La Esfera* el 5 de abril de 1960, y si desde hace rato la recensión de un libro ha dado paso al examen del país y sus culpas, estas se hacen representar en personalidades y la vindicta deriva hacia la desacreditación personal: de la única respuesta del aludido dice haber “sido escrita bajos los efectos de un histerismo senil”.

El largo trabajo, publicado en *Tabla Redonda* en el número de abril-mayo de 1960, contiene abiertos insultos y se vuelve al libro, objeto inicial de la requisitoria, se quiere mostrar la evidencia y ésta no podía ser más franca: un ensayo de memorias. Se dirá que es “un libro convencional, insincero, instrumento para justificar una extemporánea justificación de su deshonesto y cobarde comportamiento”. Finalmente, todos los documentos, incluyendo la escueta carta de Picón Salas, fueron recogidos en libro (Carlos Díaz Sosa, *Tranvía de hormigas*, Caracas, 1962) —el aparte interno del *dossier* es signado en una sección titulada “El expediente negro de Mariano Picón Salas”. Pero Díaz Sosa se metía con un polemista ducho, que ya había ridiculizado a Edmundo O’Gorman, quien lo acusaba de haberle robado la palabra “extrañeza” (“No sabía yo que el señor O’Gorman había registrado derecho de propiedad intelectual sobre un sustantivo tan común, tan al alcance de todo el mundo, como el modesto y familiar vocablo”). En esta oportunidad, y como el reclamante cita a Neruda y a Zea de primera mano (“Neruda me dijo en París...”), Picón Salas comenta que los lectores tal vez dirán que “no tiene talento pero no carece de útiles amistades, o húyete antes de que te cite”.

Pero el fondo del desacuerdo no deja de ser emocionante, pues se trata de una acusación que pone en el tapete el recurrido problema del compromiso, y en este caso se trata de un señalado de “evasor” en momentos de redefiniciones y nacimiento de democracias y reclamos populares. El ensayo en cuestión, “La palabra revolución”, se convierte en el asunto de la amarga discordia, pues en él algunos ven no sólo la evasión sino un juicio despectivo respecto al compromiso. Es, sin embargo, la expresión de un desolado. Con su característico recelo de las masas, su autor se muestra muy alejado de cualquier actitud docente, sociólogo pesimista no habla para la juventud, y eso no se le perdona pues le exigen emparejar con las causas populares y predicar la redención de un pueblo inconstante, veleidoso por muchas razones, aunque esto solo sea visto como flaquezas del expoliado.

Era, sin duda, conocer a retazos el pensamiento del ensayista. Prosa y sintaxis son entonces el blanco de la requisitoria, casi se le enrostra como pecado escribir bien —“no podemos perdonar una sintaxis perfecta pero carente de valor social”, se llega a decir en un clímax de desprecio por el rigor de la expresión. Venezuela era entonces el escueto realismo de los postergados y su emergencia en un escenario que revelaría su tenebrosa demagogia; metafísica y abstracción eran así consideradas como la elección de los traidores. El libro resultaba excesivamente literario para los gustos de quienes habían hecho del pueblo tosco y dolido el fin de todo programa mental. “Es pesimista en extremo, y nocivo para la juventud...” —dice Díaz Sosa. Y esto parece una sentencia estalinista canónica, y lo era, sólo que se autorizaba desde el resplandor dolido de una justicia alimentada con la tabla rasa del último minuto.

De todos modos, tal vez lo que fastidiaba a Picón Salas era la insistencia en leerlo mal o con notoria falta de agudeza, pues cuando dice que el mayor mito de la historia es la Revolución, lo que está haciendo no es tanto

un ejercicio ideológico como de estilo, la revolución es real pero su valoración es retórica. Su juicio sobre Zamora, por lo demás, terminaba de completar el cuadro del hombre receloso de toda acción colectiva donde las responsabilidades se diluyen en el anonimato de la impunidad: "...su fe fanática, sin distingos ni matices, dispuesto a imponer ciegamente lo que él creía un sistema de felicidad". El rastro de este segundo exilio — anecdótico inmediato de este libro— es una frase en ocasión del golpe de estado que depone a Gallegos. "País de cuarteladas", y es como volver a oír a Miranda (*Bochinche, bochinche*) ya en una era de acabada infamia. En ese interregno la revolución había adquirido su carta de ciudadanía y solo se podía ser de izquierda, ésta disponía de una genealogía internacional y hasta de una dimensión académica en ella se afiliaba a la sociedad del conocimiento. De alguna manera las universidades serán su casa de cristal, legitimación de su elaboración teórica y refugio tras el fracaso de la insurrección armada.

Pero quienes le reclaman a Picón Salas su pretendida indiferencia con las demandas sociales resultaban ser malos conocedores, ya no de la saga material del país sino de sus propias doctrinas. Si alguien hizo por la educación del pueblo y la elevación del grado cultural de las masas fue ese hombre que denostan los jóvenes de una Venezuela a la que quieren llevar a empujones magnificando una politización cuyos actores resultan presa de los demagogos. Han olvidado que una verdadera revolución ha ocurrido en apenas veinte años, y esta no ha salido precisamente de las repetidas asonadas, sino a pesar de ellas, y en ese énfasis civilista Picón Salas ha desempeñado rol central, el de quien a la experiencia junta el conocimiento de los procesos del continente. La creación del Instituto Pedagógico Nacional, la fundación de la *Revista Nacional de Cultura* y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCV, son determinaciones muy lejos de toda tecnocracia, son instituciones de ilustración y socialización de una comunidad urgida de hacerse de tradiciones políticas y educativas capaces de articularse como ductoras al desarrollo material.



Mariano Picón Salas, Miguel Otero Silva y Rómulo Gallegos

Debe decirse cuanto de injusta requisitoria hay en la generación que en Venezuela emerge tras el fin del período de Pérez Jiménez, y contra los constructores que desde 1936 habían ejecutado un proyecto de refundación del país. Esa generación no dialoga con aquellos hombres útiles, sorteadores de los riesgos representados en la ausencia de referencias institucionales tras el fin del gomecismo. Se los ve como pensadores anacrónicos y funcionarios, y no eran ni lo uno ni lo otro, fueron, hoy puede verse con claridad ese horizonte, lo mejor de una herencia de ciudadanía obrando desde la educación como prédica y unidad de la sociedad. Si Picón Salas es el blanco visible de un desdén, lo era por su relevancia continental, pero aquella élite, en puridad lo eran, fue despreciada y hasta maltratada en una reacción cuyo único argumento parecía ser la vanidad de un estilo de pensamiento que monopolizaba justicia social y ciencia como exclusivos de su doctrina. Nombres como Augusto Mijares, Ramón Díaz Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Enrique Bernardo Núñez, Juan Liscano y el propio Rómulo Gallegos estuvieron muy distantes de la simpatía de una generación que motorizó la vida política en el llamado período de la democracia. Hasta su último momento Picón Salas insistió en la única manera de generar elementos para el intercambio capaz de fecundar la vida política: democracia y cultura. Su discurso de instalación del INCIBA queda conuido y bien entendido para los siguientes años, aun cuando no alcance a leerlo, pues muere el día anterior. En él está el prospecto de la gestión cultural que se adentrará en los ochenta,

pero también la ascendencia de alguien que ha construido en un escenario mucho más estable que la demagogia de una justicia social predicada desde la sola retórica de la palabra revolución.

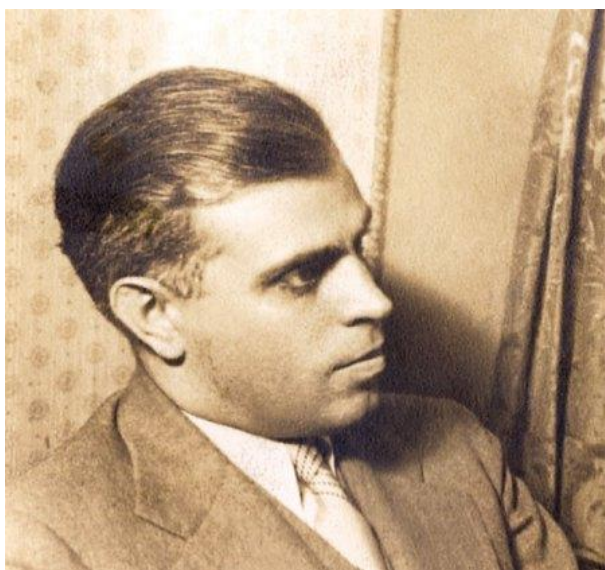
De 1955 es un texto suyo, publicado en Chile, a donde vuelve en la tentación del refugio, en él evoca sin amarguras pero con disposición recordatoria las razones por las cuales se aleja de Venezuela en 1923. “Al suspender en 1923 mis aburridos estudios —para los que no tenía vocación— me fui a Chile por dos razones: el asco y la repulsa contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, que no cesaba de perseguir estudiantes; y segundo, la ruina económica de mi familia que me impulsaba a una nueva vida...” Se va, pues, para no sucumbir a la barbarie. Al retorno, en una gestión intensa organiza, como ya se ha dicho, aquel conjunto de instituciones (1937-1942), pero pronto el ambiente provinciano de intrigas del naciente Estado, que deberá modernizarse desde la profesionalización, le resulta anodino. Así, toma distancia y acepta un destino diplomático: como representante de negocios plenipotenciario en Europa.



La ciudad de Plzeň, Checoslovaquia

Este es un tiempo poco conocido y mal valorado del escritor doblado en funcionario, representante de negocios que debe ocuparse de tareas disímiles: promocionar el país de la inmigración, estudiar y defender los precios del café, dar el pulso del continente al comienzo de la guerra. Visita unas usinas metalúrgicas en la ciudad de Plzeň y estudia el sistema ferroviario checoslovaco, todo con miras a dotar al país del mejor prospecto para la tarea de infraestructura y puesta al día de las que está urgido. Desde su instalación como encargado de la legación plenipotenciaria para Checoslovaquia, Alemania y Polonia —allá lo sorprende la muerte de su entrañable

Alberto Adriani—, en agosto de 1936, hasta su remoción abrupta en abril de 1937, despliega una actividad de análisis y diagnóstico susceptible de poner al país en el mejor conocimiento para sus políticas de inmigración y comercio con Europa. En escasos ocho meses de gestión crea un conjunto de estrategias que actualizan los vínculos del país, para ese entonces reducidos a la actividad de cónsules gratificados o exiliados en los años finales del gomecismo. Sin argumento ni razón es separado de la tarea a la que ha dedicado su mejor esfuerzo, un tiempo mental y de exigencia física nunca antes conocido, y debería incidir en acciones daves como la pronta inmigración de los siguientes años. Lo reemplaza Vicente Álamo Ibarra, un nombre conocido en los corrillos caraqueños, sin ningún otro mérito que sus relaciones palaciegas. La cancillería checa se muestra sorprendida por su remoción y le hace llegar una nota donde le expresan tanto agradecimiento como admiración por el entendimiento que ha ayudado a crear entre ambos países —“Aunque su permanencia en Checoslovaquia ha sido, sensiblemente, de corta duración, ella le ha permitido gracias a su interés inteligente y amistoso adquirir nociones justas sobre nuestro país...” La nota la envía a la candlería con unas líneas ajenas al



Alberto Adriani, Ministro de Hacienda en 1936

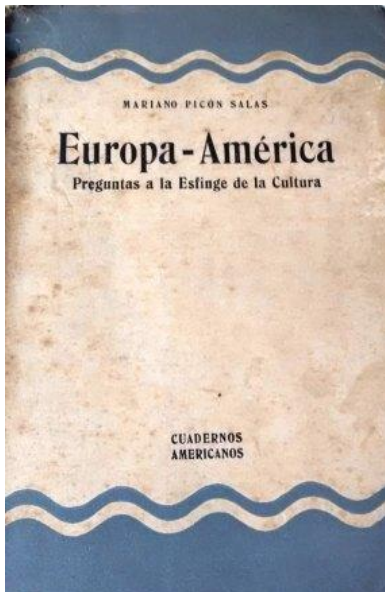
reproche, pero señalando la descortesía y el estilo que recuerda tiempos de la administración pública ya enmendados (“Antes de dejar la ciudad de Praga y el cargo diplomático de que he sido separado sin que mediara ninguna explicación de causas y con procedimientos que recuerdan por su falta de forma a aquellos que prevalecieron en una época de la política venezolana que creíamos ya superada...”). No regresará al país y de allí va directamente a Chile.

Informes, minutas, observaciones de fondo, recomendaciones, estadísticas, prospecciones dan el tono de la eficiente gestión del mejor representante diplomático que haya tenido Venezuela en esos días. Escribe tres informes sobre la situación europea de preguerra, dirigidos al canciller Esteban Gil Borges, en ellos se revela como un observador dotado del conocimiento de los procesos del continente, percibe con agudeza la doble diplomacia de Alemania y la condescendencia de Inglaterra y Francia, es un clima de tensión que los futuros aliados no quieren reconocer como antesala del estallido. Pronostica que los gobiernos de Alemania, Italia y Portugal reconocerán de inmediato a Franco como jefe de gobierno. Se detiene en largos párrafos en la valoración de la llamada “Pequeña entente”, un asunto que hasta hoy se sigue discutiendo. Rumania, Yugoslavia y Checoslovaquia eran el frente natural que podía contener el nazismo, pero el celo de Inglaterra, su ascendencia como potencia tutora iba a tener un peso mortal. Aquellos tres países representaban un modelo de desarrollo diferencial y su industria, incluyendo la bélica, era la más avanzada. Tras regresar de un desfile del ejército checo, Picón Salas se da cuenta que ha visto el ejército mejor organizado de Europa. “Corolario de esta declaración fue la gran revista militar realizada en honor del Rey (Carol de Rumania) el 28 del presente en Praga, a la que el suscrito tuvo el honor de asistir y en que mostraron algunos de los nuevos aparatos bélicos de Checoslovaquia y la compacta disciplina de su ejército”.

Como se sabe, el acuerdo firmado por Chamberlain, y en representación de las otras naciones, cedió los sudetes checos en un acto de temerosa conciliación con Alemania, fue la anulación de la así llamada Pequeña entente,

pero sobre todo la entrega de Checoslovaquia y Polonia. Da cuenta en un documento del 5 de febrero de 1937 de la profusa propaganda que la cancillería alemana mantiene sobre su constitución como frente único para defender a Europa del bolchevismo. Comenta declaraciones del ministro inglés Eden respecto a evitar la formación de dos bloques doctrinarios en el continente, estas, dice, “merecieron la objeción inmediata de Hitler y Goering, los jefes nazis que atribuyen a Alemania la misión de defender la civilización europea contra el peligro bolchevique”.

El espíritu imperial de la Alemania nazi había logrado el consenso popular en torno a la necesidad de expansión y recursos territoriales y de materias primas. “Un asunto de difícil solución para Europa es la imperiosa demanda de colonias hecha por Alemania, señaladamente en el discurso de Hitler del 30 de enero y el Ministro Goebbels en su discurso de Hamburgo pocos días después”. Los recursos naturales que Alemania requiere no se encuentran en las posibles cesiones de África sino en la misma Europa, el comentario que remata esta indicación no podía ser más orientador. “Acaso con un poco de hábil hipocresía ciertos periódicos ingleses han escrito si no resulta inmoral conceder colonias o mandatos sobre otros pueblos, a un régimen que, como el alemán, se basa sobre la idea racista y el concepto de predominio sobre pueblos que son llamados *inferiores*”.



1ª edición, en México, 1947

Pero durante estos meses de observación de un continente preparándose para la guerra como quien juega, Picón Salas cala hondo en la comprensión de las razones del cataclismo inminente: juzgará las pulsiones de una cultura, la europea, en sus razones más estables. Diez años después, en su libro *Europa-América* (Preguntas a la esfinge de la cultura), volverá sobre aquella. El que ha sido funcionario renovador de las diligencias prácticas de nuestra diplomacia, observador profético llegado de un país oloroso a barbarie, no reivindica aquella pasantía y en ningún momento avala cuanto dice desde aquella fundión burocrática, o lo hará de una manera casi impersonal —“...cuando cumpliendo una rutinaria tarea de escolar sudamericano escribí mi itinerario europeo y mi primer regocijo ante las viejas ciudades y las estatuas...”

Escribirá un ensayo —“Alegato de Europa”— de balance de la guerra y, en alarde de sociólogo que no se conforma con describir, buscará una explicación que le satisfaga, y más allá de unos detonantes puramente forenses indicará el desgaste y las elecciones de una civilización que ha entronizado el modelo economicista de su concepto de bienestar y ha ejecutado lo peor de la herencia del positivismo. En la inmediata postguerra buscará las razones de la destrucción fuera del ascenso del militarismo y el proyecto imperial, las encontrará en un mundo satisfecho, donde se han minimizado las tensiones creadoras y el sosiego no es fruto de las certidumbres sino de una forma de gula. Señala que con el ascenso del nazismo ocurrió una oleada de filisteísmo que relegó gustos y cultura clásica, se hizo fuerte en el estilo moral del puritanismo del *american way of life*.

La sensibilidad de occidente se oscureció en la apoteosis de la democratización del consumo y el culto a tecnología que traía solaz y optimismo, y esta fe prometeica se hizo programa en la creencia de que “profesores de Missouri o Texas irían a reeducar a los europeos”. No entendían que su modelo de bienestar era el resultado de la ciencia producida en Europa, la ineficacia de la educación en una democracia populosa como la norteamericana la atribuye a las malas aplicaciones del Positivismo —esto lo ilustra con las respuesta de las

tropas de ocupación cuando les preguntaban cuál era su lectura favorita esto señalaban las tirillas de aventuras de Supermán.

Ese “débil liberalismo europeo” que temeroso no detuvo a tiempo a Hitler, ahora exalta lo peor de un espíritu burgués incapaz de ir a buscar en su grandes referencias los instrumentos para reorganizarse desde los condicionamientos intelectuales. En ese deslumbrante ensayo toca lo que llamaríamos el antiparricidio que autores como James y Eliot, herederos de la tradición europea, ejecutan al volver la mirada a unos símbolos purificadores. Resitúa la ética protestante en su dimensión tosca y utilitaria, se han concentrado en la veneración de una prosperidad doméstica, dice, y así han hecho de la biblia y el sermón los métodos de contabilidad de los negocios.

Lo burdo se instalaba en una relación con la naturaleza donde toda contemplación había sido expulsada, dominaba la optimización del acopio y el culto del beneficio. “Para que no lo tentara el diablo, el puritano quería estar siempre ocupado, sus escrúpulos rechazaban hasta la comida finamente sazonada y la buena conversación”. Negación de la tragedia en un impulso de banalización del drama humano, ella reaparece en su grandes escritores como un recordatorio de los vacíos y “del miedo a una vida compleja”. La educación del hombre económico como proyecto relegaría todo lo no utilitario, la cultura de masas estaba presta para servir de simplificación de los grandes nudos espirituales, autorizando unos placeres desde lo que llama “una movilidad aturdida” o “plebeyización de las formas que lleva a los fabricantes de música mecánica a descoyuntar a Beethoven...”

El disidente de la estandarización es estigmatizado y declarado desadaptado, la felicidad se rige por un patrón y la voluntad pragmática disuelve la imaginación. Y aquí da Picón Salas como un motivo poco valorado de la predilección de los escritores latinoamericanos por las formas europeas. La democracia jacksoniana se le antoja escueta y sobre todo cargada de igualitarismo, pensamiento y gustos del continente exaltado desde sus dones irredentos, naturaleza y buen salvaje, buscará en los paradigmas de un ideal clásico sus recursos intelectuales para interpretar su medio. “Era, paradójicamente, la última empresa faustiana y la primera gran empresa de regresión universal”, para él esto significaba la entrega de una civilización a las potencias que hicieron posible la redención material, desde una faz parcial de la sociedad del conocimiento, pero a la vez sacrificó desdeñándolas las construcciones de una civilización: arte, pensamiento, refinación, es decir, sus manera de identidad más altas.

Pero en el fondo de este espectáculo él observa no sólo la acción de unos saberes utilitarios enmarcando la seguridad del bienestar, y en un mundo donde todo puede ser previsto, atribuye esta euforia a una doctrina, la entronización rusioniana del pensamiento primitivo y su denuncia de los exotismos del orden artificial del gusto y el arte. Receloso de los entusiasmos por lo primario, Picón Salas pondrá en el banquillo la idealización del hombre arcádico. Ve su exaltación en un tiempo de maquinización y eso lo hace dudar, no de la máquina sino de quienes pretenden contrastarla desde la demagogia. Y sin embargo lo prometeico filisteo no es un mundo idílico, se ha perdido la cortesía y las maneras pero no se ha ganado en beatitud ni belleza —“se retornaba a una feroz prehistoria moral, anterior a todo acuerdo o contrato.” Aquí coincide con Ramón Campos, el impugnador de la ilustración española de las ideas de Rousseau. Su tesis de que el hombre es malo por naturaleza y la sociedad lo depura en una acción de reconocimiento de la diversidad y lo alterno, debía serle casi simpática a Picón Salas. De estos días es su idea de los “malos salvajes”, que dará título a uno de sus últimos libros.

Tras el desencanto, Picón Salas considerará la invitación del Rector de la Universidad de Chile. Antes dirige una carta pública al presidente López Contreras, en ella cabe todo el inventario de flaquezas de la novedad política de ese tiempo de renovación, pero también señala miserias e ingraticudes enquistadas en la cruzada, el aluvión de envidias contra quienes, como él, podían mostrar los mejores recursos en medio del país desolado y errando entre premuras de filisteo.

El presidente ignora sus consideraciones, más que eso: la alerta destinada a hacer luz sobre la herencia gamonal de los grupos validos de vínculos ajenos a las necesidades de los intereses públicos. Tal vez desde ese momento, y hasta hoy, en Venezuela la política de partidos nació impregnada de deudas personales y resentimiento. Aquella carta es su descripción cabal. Pero habrá entonces una simetría con el incidente de veinte años después. Sus detractores no tendrán

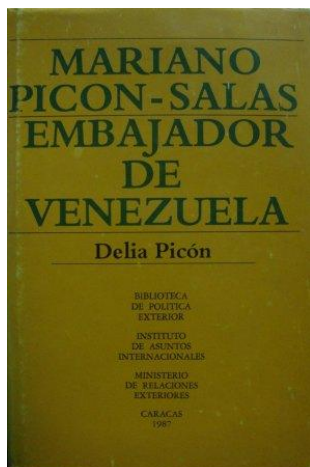


Eleazar López Contreras, sucesor presidencial a la muerte de J.V. Gómez

talento pero sí ascendencia en la nación parroquial que presume, los cargos que le hacen pueden ser risibles pero ruidosos: simpatías comunistas.

Las ideas de progreso fundadas en desarrollo material y apertura de las masas podían verse como una manera de radicalismo, y si podía resultar poco creíble para los avisados, siempre podía ser una excusa para que el presidente de la transición de compadre y curas ejecutara peticiones.

En su carta, Picón Salas no alega en ningún momento por su gestión, ésta permanece de fondo, como la razón del que se puede dar el lujo de argumentar desde la corrección y el éxito, pero también desde el juicio amplio



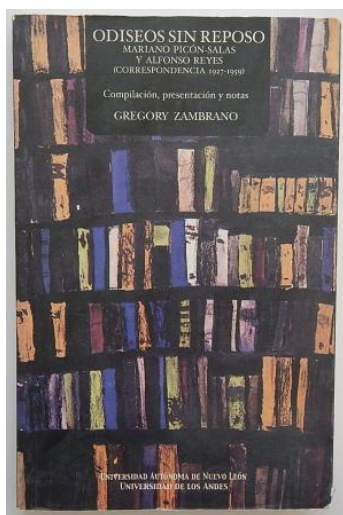
del educador. “En vez de aprovechar esta fuerza se la empuja —por incompreensión— en el torrente revolucionario; se habla de Democracia, pero para algunas gentes petrificadas en su egoísmo, parece una espantosa calamidad que algunos elementos jóvenes de izquierda vayan al Congreso”. El liberal ilustrado defendía el ascenso de los jóvenes de izquierda en la necesidad de fecundar el intercambio ciudadano y la libertad en la fase de formación de las instituciones — en 1959, quizás los herederos oblicuos de aquellos jóvenes, le exigen ser un hombre de izquierda. A su *teoría del aguante*, desarrollada en escorzo años después, Picón Salas agregará aquí una teoría de los resignados. El mutismo del destinatario de la carta, el silencio de la generación emergente, el cuadro de inmovilidad en ausencia de estado de derecho funcional, lo lleva a convencerse del

M. Picón Salas, *Embajador de Venezuela*, 1ª edición, 1987.

obstáculo que significa la pasividad y lo inercial en tiempos de definiciones. “Por estos resignados que no chistan, ni hablan ni protestan, estamos como estamos: en nuestro tremendo atraso...” Pero el hombre que podía desencantarse de la vida pública, de su veleidoso trajín, también tenía otras razones para tomar distancia del país todavía aletargado y que tardaría en elaborar otras exigencias distintas a las del sanitarismo y la economía. Toda esa información del asesor, útil para orientar las grandes decisiones del país saliendo de su barbarie, encerrado en su atraso civil del siglo XX, está recogida y documentada en un libro editado por la UCAB, *Mariano Picón Salas, embajador de Venezuela*, prólogo de Simón Alberto Consalvi y presentación de E. Schacht Aristeguieta.

En la correspondencia cruzada entre Picón Salas y Alfonso Reyes —compilada y documentada primorosamente por Gregory Zambrano— conseguimos una carta fechada el 16 de noviembre de 1941, en ella hay un juicio sobre la condición erosiva de la rutina del funcionario y él se asume como su representación, de la cual anhela escapar. “Para liberarme un poco del absorbente trabajo burocrático venezolano que por el momento me abrumba y no quiero decir que me estupidiza, estoy a punto de aceptar una invitación que se me formula desde Estados Unidos para pasar seis meses allá en turismo universitario, hablando de letras latino-americanas”. La estructura del Estado profesional, que apenas comenzaba a erigirse en aquellos años —y desmontada plenamente en estos días de 2015— era para él todavía un escenario de papeles, confusos trámites y recelos propios de la prosperidad entre los beduinos —en 1958, a Mario Briceño Iragorry, que ha entregado el prospecto de una universidad obrera, un ministro de la naciente democracia le ofrece, creyendo halagarlo, suponemos, la dirección de una agencia de publicidad.

En aquella consideración —todo un juicio que opone la frivolidad pública a la soledad— debía pesar no poco la experiencia del trato ministerial en los días de la Legación europea. Pero la carta ilumina de un plumazo el



Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes, correspondencia cruzada

estado de la vida intelectual de Caracas, enfatiza su falta de ánimo para ocuparse de un ensayo sobre la obra de Reyes, también nos advierte del peso del entorno, ausencia de estímulo e intercambio. “En Caracas donde soy sólo una especie de literato de domingo, así como hay pintores, pescadores y nadadores de días de fiesta, no he tenido tiempo ni placidez para ello”.

Fuentes:

Odiseos sin reposo (compilación y estudio de Gregory Zambrano). Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2007.

Prosas sin finalidad. Mariano Picón Salas. (Compilación de Delia Picón). UCAB, 2010.

Mariano Picón Salas, embajador de Venezuela. Documentos y minutas de las misiones diplomáticas de MPS. (Compilación de Delia Picón). UCAB, 1987.

Europa-América (Preguntas a la Esfinge de la cultura). Mariano Picón Salas. Cuadernos americanos, México, 1947. Parte de este libro fue reproducido por la editorial Ayacucho en su colección “La expresión americana” y con el título de *Meditación europea* (2001), en él están incluidos junto con Alegato de Europa, “Meditación francesa”, “Meditación alemana” y “España desde lejos”.

Tranvía de hormigas. Carlos Díaz Sosa. Caracas, 1962.

Mariano Picón Salas y México. (Compilación y estudio introductorio de Gregory Zambrano). Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo, 2002.

©Miguel Ángel Campos Torres

©Los mapas secretos

27 de diciembre de 2015.

<http://gregoryzambrano.com/novedades/>